

rios son restaurantes —Magny's, sobre todo— y otras “reuniones” típicas de la vida intelectual francesa. Y luego vino la graduación de los Goncourt, cuando se sumaron al salón de la princesa Mathilde Bonaparte. A diferencia de eso, Estados Unidos no ofrecía el restaurante como centro de reunión, o noches en casas ilustres, y ciertamente ningún salón. En Estados Unidos un salón es un lugar en el que arreglan el cabello.

Los diarios de Wilson trascendieron el sólo interés archivístico; ellos están entre sus principales logros. Para el biógrafo, sin embargo, representan un acertijo: por un lado son una fuente invaluable, pero por otro son un rival formidable. El autor vive en todas las páginas —un efecto que pocos biógrafos logran hacer con sus sujetos—. Jeffrey Meyers escribió un libro muy largo, casi quinientas páginas. Ahí hay mucho Wilson, y también hay mucho Meyers. Un buen número de ladrillos de hechos, ya sean laudatorios o destituitivos, destruirán la fluida naturaleza de las vidas humanas, sin embargo los hechos son la materia de la biografía. Meyers reunió el vasto río de la obra y la vida de Wilson, incluidos todos los coqueteos, la bebida y la discordia marital. Pero no logró recrear en sus páginas el intelecto y el espíritu brillantes de su sujeto. Así que nos despedimos de la rara presencia en nuestras letras de un pensador y escritor irremplazable. Adiós, es decir, hasta la próxima, cortesía del profesor Dabney.

El alcance de la antropología social

J. G. Frazer

Éste es el texto de la cátedra inaugural de James G. Frazer (1854-1941) en la Universidad de Liverpool, leído el jueves 14 de mayo de 1908. Por ese tiempo Frazer trabajaba en el manuscrito de *Pysche's Task* (1909), obra que corrigió, amplió y rebautizó en una posterior edición como *The Devil's Advocate. A Plea for Superstition*, Londres,



MacMillan & Co., 1927. La siguiente traducción se realizó a partir del texto que aparece en este último título. Salvo que se indique otra cosa, las notas al pie son del propio Frazer [Antonio Saborit].

El tema de la cátedra que me honro en presidir es la antropología social. Como el tema sigue siendo comparativamente nuevo y sus límites continúan siendo un tanto imprecisos, dedicaré mi cátedra inaugural a definir su alcance y a señalar en términos aproximados, si no las fronteras de este estudio en su totalidad, cuando menos sí las fronteras de aquella parte que me propongo asumir como mi propia provincia.

Por extraño que pueda parecer, en la amplia e inquieta familia de las ciencias, la antropología, o la ciencia del hombre, es la que acaba de nacer. De hecho es tan joven este estudio, que tres de sus distinguidos fundadores en Inglaterra, el profesor E. B. Tylor, lord Avebury y el señor Francis Galton, afortunadamente continúan entre nosotros. Ciertamente es que los departamentos particulares de la compleja naturaleza humana han sido especiales temas de estudio desde hace tiempo. La anatomía ha estudiado su cuerpo, la psicología ha explorado su mente, la teología y la metafísica han tratado de ahondar las profundidades de los grandes misterios que lo circundan por todas partes. Pero se reservó a la presente generación, o más bien a la generación que ahora va de salida, intentar el estudio cabal del hombre como un todo, inquirir no sólo en la estructura física y mental del individuo, sino comparar las diversas razas humanas, trazar sus afinidades, y, por medio de una amplia reunión de hechos, seguir hasta donde sea posible la evolución del pensamiento y las instituciones humanas desde el más remoto de los tiempos. El objetivo de lo anterior, como el de cualquier otra ciencia, es descubrir las leyes generales a las que se supondría se apegan los hechos particulares. He dicho que se supondría se apegan, pues la investigación en todos los departamentos ha vuelto precedentemente factible que en todas partes prevalezcan la ley y el orden si nos esforzamos en buscarlos y que, en consecuencia los asuntos humanos, por complejos e incalculables que parezcan ser, no son una excepción a la uniformidad de la naturaleza. La antropología, en consecuencia, en la acepción más amplia de la palabra, busca descubrir las leyes generales que en el pasado han regulado a la historia humana, y, si la naturaleza es realmente uniforme, se puede esperar que la regule en el futuro.

De ahí que la ciencia del hombre coincida hasta cierto punto con lo que por mucho tiempo se ha conocido como filosofía de la historia, así como con el estudio al que en los últimos años



se le ha dado el nombre de sociología. De hecho, con cierta razón se podría sostener que la antropología social, o el estudio del hombre en sociedad, es tan sólo otra expresión para referirse a la sociología. Sin embargo, yo creo que las dos ciencias se pueden diferenciar convenientemente, y que mientras el nombre de sociología se debe reservar para el estudio del hombre en sociedad en el sentido más amplio de las palabras, el nombre de antropología social se podría restringir con provecho a un departamento en particular de ese inmenso campo del conocimiento. Al menos deseo dejar perfectamente claro desde el comienzo que de ninguna manera pretendo abordar la totalidad de la sociedad humana, pasada, presente y futura. Que la amplitud intelectual y el rango de conocimientos de una sola persona sean suficientes para tan vasto entendimiento, no me arriesgaré a afirmarlo, pero sí digo sin dudas o ambigüedades que con toda seguridad el mío no lo es. Sólo puedo hablar de lo que he estudiado, y mis estudios se han confinado en buena medida a una parte pequeña, muy pequeña, de la historia social del hombre. Esa parte es el origen, o mejor dicho, las etapas rudimentarias, la infancia y la niñez, de la sociedad humana, y en consecuencia a esa parte propongo limitar el alcance de la antropología social, o en todo caso a mi manera de tratarla. Quienes me sucedan en esta cátedra estarán en libertad de extender su alcance más allá de los estrechos límites que me impone la cortedad de mi conocimiento. Podrán pasar revista a los desarrollos más recientes, así como a los comienzos más remotos de la costumbre y la ley, de la ciencia y el arte, de la moral y la religión, y de tal revista podrán deducir los principios que en el futuro deban guiar a la humanidad, de manera que quienes vengan después de nosotros sean capaces de eludir las trampas y caídas en las que incurrimos nosotros y nuestros padres. Pues el mejor de los frutos del conocimiento es la sabiduría, y es razonable esperar que una familiaridad más honda y ancha con la historia pretérita de la humanidad faculte en su debido momento a nuestros estadistas para moldear el destino de la raza en formas más bellas que las que los de esta generación hemos de vivir para ver.

Al menos deseo dejar perfectamente claro desde el comienzo que de ninguna manera pretendo abordar la totalidad de la sociedad humana, pasada, presente y futura.

Oh Amor! Con Él unidos tú y yo conseguiríamos
Este mísero mundo tomar en nuestra mano;
Y hacerlo mil pedazos: luego le reharíamos
Conforme a los deseos del corazón humano.¹

¹ *Rubayat*, XCIX, en la traducción realizada por José Castellot en 1916 y publicada en *Rubaiyat de Omar Khayyám*, traducción de José Castellot, prólogo de José Juan Tablada, Nueva York, edición de autor, 1918, p. 47 (n. del t).

En síntesis, la definición asume que la civilización, siempre y en todo lugar, se ha desarrollado a partir del salvajismo. La masa de evidencias sobre la que se sostiene este supuesto es en mi opinión tan grande como para volver incontrovertible tal deducción.

Pero si ustedes desean hacer pedazos la fábrica social, no esperen que los ayude y aliente a su profesor de antropología social. No es un vidente para discernir ni un profeta para predecir la llegada del paraíso en la tierra, ni un curandero con un remedio maravilloso para todos los males, ni un caballero de Santiago que encabece una cruzada contra la miseria y la necesidad, contra la enfermedad y la muerte, contra todos los horripilantes espectros que agobian a la pobre humanidad. Queda para otros de mayor rango y naturalezas más nobles que los de su profesor animar y conducir la ofensiva en esta guerra santa. Él no es más que un estudioso, un estudioso del pretérito, que acaso pueda contarles algo, muy poco, de lo que ha pasado, pero que no puede ni se atreve a decirles lo que debería ser. Pero hasta lo poco que pueda aportar a la elucidación del pretérito tal vez tenga su utilidad y su interés cuando tal cosa acabe por tomar su lugar en ese gran templo de la ciencia al que todos los estudiosos ambicionan añadir un ladrillo. Pues acariciamos la creencia de que si en verdad amamos y buscamos el conocimiento por él mismo, por inútil e insignificante que pueda parecer, al final nos hemos de descubrir trabajando juntos con el total del acervo acumulado en favor del bien general de la humanidad.

De este modo, la esfera de la antropología social tal y como yo la entiendo, o al menos como me propongo abordarla, se limita a los crudos inicios, al desarrollo rudimentario de la sociedad humana: no incluye etapas más maduras de ese complejo crecimiento, mucho menos abarca los problemas prácticos que se les pide enfrentar a nuestros modernos estadistas y juristas. El estudio podría describirse por tanto como la embriología de las instituciones y del pensamiento humanos, o, para ser más precisos, como la pesquisa que busca averiguar, primero, las creencias y costumbres de los salvajes, y, segundo, las reliquias de las creencias y costumbres que han sobrevivido como los fósiles entre pueblos de una cultura superior. En esta descripción de la esfera de la antropología social va implícito que los ancestros de las naciones civilizadas alguna vez fueron salvajes, y que ellos transmitieron, o pudieron transmitir, a su más ilustrada descendencia las ideas e instituciones que, por incongruentes que parecieran con sus entornos más recientes, iban perfectamente a tono con las formas de pensamiento y de acción de la más ruda sociedad en que se originaran. En síntesis, la definición asume que la civilización, siempre y en todo lugar, se ha desarrollado a partir del salvajismo. La masa de evidencias sobre la que se sostiene este supuesto es en mi opinión tan grande como para volver incontrovertible tal deducción. En todo caso, si alguno la rebatiera no creo que valga la pena discutir con él. Aún existen,

creo yo, en la sociedad civilizada personas que sostienen que la tierra es plana y que el sol gira a su alrededor; pero nadie que sea sensato desperdiciará su tiempo en el vano empeño de convencer a tales personas de su error; aunque estos aplanadores de la tierra y estos ciclistas del sol apelen con perfecta justicia a la evidencia de sus sentidos en respaldo de su alucinación, que es más de lo que son capaces de hacer quienes se oponen al salvajismo primitivo del hombre.

Así, el estudio de la vida salvaje es una parte muy importante de la antropología social. Pues en comparación con el hombre civilizado, el salvaje representa una etapa suspendida, o más bien demorada, del desarrollo social, y el examen de sus costumbres y creencias suministra por tanto el mismo tipo de evidencia sobre la evolución de la mente humana, tal y como el examen de un embrión la suministra sobre la evolución del cuerpo humano. Para decirlo de otra manera, el salvaje es al hombre civilizado lo que un niño a un adulto; y así como el crecimiento gradual de la inteligencia en un niño corresponde con, y en cierto sentido recapitula el crecimiento gradual de la inteligencia en las especies, un estudio de la sociedad salvaje en diversas etapas de evolución nos permite seguir de manera aproximada, aunque no exacta desde luego, el camino por el cual debieron transitar nuestros ancestros de las razas superiores en su progreso ascendente a través de la barbarie hasta la civilización. En breve, el salvajismo es la condición primitiva de la humanidad, y si llegamos a entender lo que fue el hombre primitivo, debemos saber lo que hoy en día es el hombre salvaje.

Pero aquí es necesario advertir un malentendido frecuente. Los salvajes de la actualidad son primitivos tan sólo en un sentido relativo, no absoluto. Comparados con nosotros, son primitivos; pero no lo son en comparación con el hombre primigenio, esto es, con el hombre tal como era cuando emergió por primera vez de la etapa puramente bestial de la existencia. De hecho, comparado con el hombre en su estado absolutamente prístino hasta el salvaje más ínfimo de la actualidad es sin duda un ser altamente desarrollado e ilustrado, en tanto que toda la evidencia y toda las probabilidades están en favor de la visión de que todas las razas humanas existentes, tanto las más rudas como las más civilizadas, alcanzaron su actual nivel de cultura, sea alto o bajo, sólo tras un lento y doloroso progreso ascendente que debió extenderse por muchos miles, acaso millones, de años. Por tanto, cuando nos referimos como primitivos a cualquiera de los salvajes conocidos, lo que el uso del idioma inglés nos permite hacer, siempre se ha de tener en mente que les aplicamos el término primitivo en un sentido relativo, no absoluto. A lo que nos referimos es a que sus culturas son ru-



dimentarias en comparación con las de naciones civilizadas, pero de ningún modo a que sean idénticas a la del hombre primigenio. Es necesario hacer énfasis en este empleo relativo del término primitivo en su aplicación a todos los salvajes que se conocen sin excepción, toda vez que la ambigüedad que surge del doble sentido de la palabra ha sido fuente de gran confusión y malos entendidos. Escritores descuidados o sin escrúpulos le han sacado gran tajada con fines controversiales, empleando la palabra unas veces en un sentido y otras en otro, según conviniera a sus argumentos del momento, sin percibir, o en todo caso sin indicar, el error. Para evitar estas falacias verbales sólo se necesita tener en mente que mientras la antropología social tiene mucho que decir sobre el hombre primitivo en el sentido relativo, ésta nada tiene que decir sobre el hombre primitivo en el sentido absoluto, y eso por la sencilla razón que no se sabe nada de él, y, hasta donde ahora alcanzamos a ver, es probable que nunca se sepa. Construir una historia de la sociedad humana empezando por el hombre absolutamente primigenio y recorrer los miles o millones de años hasta llegar a las instituciones de los salvajes existentes acaso tenga sus méritos como un despliegue de imaginación, pero no como obra científica. Hacer esto sería exactamente revertir el modo propio del proceder científico. Sería trabajar *a priori* de lo desconocido hacia lo conocido en lugar de *a posteriori* de lo conocido hacia lo desconocido. Pues en efecto sabemos bastante sobre el estado social de los salvajes de hoy en día y de ayer, pero no sabemos absolutamente nada, repito, sobre la sociedad humana primitiva absoluta. De ahí que un investigador serio que busque elucidar la evolución social de la humanidad en épocas anteriores al amanecer de la historia deba empezar, no a partir de un desconocido y meramente hipotético hombre primigenio, sino de los salvajes más ínfimos que conocemos o de los que poseemos registros adecuados; y de sus costumbres, creencias y tradiciones como sólidas bases de hecho con las que pueda remontarse un poco hipotéticamente en la oscuridad de lo pretérito; esto es, para que pueda formar una teoría razonable sobre la forma en la que crecieron y se desarrollaron estas verdaderas costumbres, creencias y tradiciones en un periodo más o menos remoto, aunque probablemente no muy remoto, de aquél en el que fueron observadas y registradas. Pero si es, como yo asumo, un investigador serio, nunca esperará retrotraer muy lejos esta reconstrucción de la historia humana, mucho menos soñará en enlazarla con el mero comienzo, porque es consciente de que no contamos con la evidencia que nos permita remontar incluso hipotéticamente, el golfo de miles o de millones de años que separa al salvaje de hoy del hombre primigenio.



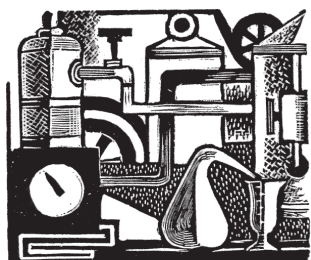
Sería bueno ilustrar lo que quiero decir con un ejemplo. Las costumbres matrimoniales y las formas de trazar relaciones que prevalecen entre algunas razas salvajes, e incluso entre pueblos en una etapa cultural más avanzada, ofrecen terreno muy firme para creer que los sistemas de matrimonio y consanguinidad hoy en boga entre los pueblos civilizados debieron estar inmediatamente precedidos en una época más o menos distante por muy diversos modos de contar a los hijos y de regular el matrimonio; de hecho, la monogamia y los grados prohibidos de parentesco han reemplazado a un sistema más antiguo de relaciones sexuales más amplias e imprecisas. Pero decir lo anterior no es afirmar que tales relaciones imprecisas y amplias fueran características de la condición absolutamente primitiva de la humanidad; lo único que con eso se está diciendo es que las costumbres y las tradiciones actualmente existentes indican con claridad la amplia preponderancia de tales relaciones en alguna época previa en la historia de nuestra raza. Qué tan remota fue tal época, eso no podemos decirlo; aunque calculándolo por la totalidad del amplio periodo de la existencia del hombre en la tierra, parece probable que la era del comunismo sexual al que señala la evidencia fuera comparativamente reciente; en otras palabras, para las razas civilizadas el intervalo que separa esa era de la nuestra se ha de reconocer por miles más que por cientos de miles de años, mientras para los salvajes existentes más ínfimos, por ejemplo los aborígenes de Australia, es posible o probable que el intervalo no sea mayor a unos cuantos siglos. Sea como fuera, incluso si con la fuerza de la evidencia a la que me he referido pudiéramos demostrar el predominio de un sistema de comunismo sexual entre todas las razas humanas, esto sólo nos retrotraería un paso en la larga historia de nuestra especie; no justificaría llegar a la conclusión de que tal sistema fuera practicado por el verdadero hombre primigenio, mucho menos que tal sistema prevaleciera entre la humanidad desde el comienzo hasta la etapa comparativamente reciente al que su existencia podría inferirse a partir de la evidencia disponible. Sobre la condición social del hombre primigenio, repito, no sabemos nada en absoluto, y es en vano especular. Nuestros primeros padres bien pudieron ser monógamos tan estrictos como Whinston o el doctor Primrose, o bien pudieron ser lo contrario. No tenemos información sobre el tema y es factible que no lleguemos a contar con nada. En las incontables etapas que han transcurrido desde que el hombre y la mujer deambularan por primera vez de la mano en el alegre paraíso o saltando como monos entre los tupidos matorrales del bosque virgen, las relaciones entre ellos bien pudieron pasar por innumerables cambios. Pues los asuntos de los hombres, como

Sobre la condición social del hombre primigenio, repito, no sabemos nada en absoluto, y es en vano especular. Nuestros primeros padres bien pudieron ser monógamos tan estrictos como Whinston o el doctor Primrose, o bien pudieron ser lo contrario.

el movimiento del cielo, parecen moverse en ciclos: el péndulo social oscila de aquí para allá de un extremo de la escala al otro: en la esfera política ha oscilado de la democracia al despotismo, y de nuevo del despotismo a la democracia; y del mismo modo en la esfera doméstica bien pudo oscilar muchas veces entre el libertinaje y la monogamia.

Si estoy en lo cierto en mi definición de la antropología social, su provincia se podría dividir más o menos en dos departamentos, uno de los cuales abarca las costumbres y las creencias de los salvajes, mientras la otra incluye reliquias que sobreviven de estas costumbres y creencias en el pensamiento y las instituciones de los pueblos más ilustrados. El primer departamento se podría llamar estudio del salvajismo, el otro, estudio del folclore. Me he referido al salvajismo, ahora hablaré sobre el folclore, esto es, sobre los remanentes de ideas y prácticas más primitivas entre pueblos que en otros sentidos han avanzado a un plano superior de cultura. Que tales remanentes se pueden descubrir en toda nación civilizada hoy nadie lo discutiría. Cuando leemos, por ejemplo, sobre la irlandesa a la que su marido achicharró hasta matarla porque sospechó que no era su esposa sino la esposa cambiada por un duende,² o bien, sobre una inglesa que murió de tétanos por limpiar el clavo que la hirió en lugar de limpiarse la herida,³ podemos estar seguros de que las creencias de las que fueron víctimas estas pobres criaturas no las aprendieron en la escuela o en el templo, sino que les fueron transmitidas de ancestros verdaderamente salvajes, superficial mas no cabalmente civilizados, a lo largo de muchas generaciones de descendientes. De ahí que a las creencias y prácticas de este tipo se les llame correctamente supersticiones, lo que significa literalmente remanentes. El segundo departamento de la antropología social se ocupa de las supersticiones en el sentido estricto de la palabra.

Si preguntamos cómo es que las supersticiones persisten en un pueblo que en general ha logrado un mayor nivel de cultura, la respuesta se encontrará en la iniquidad natural, universal e irreductible de los hombres. No sólo las diferentes razas están dotadas de modo diferente en cuanto a inteligencia, coraje, industria y demás, sino que dentro de la misma nación los hombres de una misma generación difieren enormemente en capacidad y en valor innato. Ninguna doctrina abstracta es



² Esto sucedió en Ballyvadela, en el condado de Tipperary, en marzo de 1895. Para los detalles de la evidencia que se presentó en el juicio de los asesinos, véase "The 'Witch-bazurning' at Clonmel", en *Folk-lore*, vol. VI, (1895), pp. 373-384.

³ Esto sucedió en Norwich en junio de 1902. Véase *The People's Weekly Journal for Norfolk*, 19 de julio de 1902, p. 8

más falsa y dañina que la de la igualdad natural de los hombres. Ciertamente es que el legislador debe tratar a los hombres como si fueran iguales, pero las leyes por necesidad son generales y no se pueden hacer para que se amolden a la variedad infinita de casos individuales. Pero no debemos imaginar que porque los hombres son iguales ante la ley son por tanto intrínsecamente iguales entre ellos. La experiencia de la vida común contradice suficientemente tan vana imaginación. En la escuela y en las universidades, en el trabajo y en el juego, en la paz y en la guerra, las desigualdades mentales y morales de los seres humanos destacan de un modo tan conspicuo como para ignorarlas o discutir las. En términos generales los hombres de inteligencia más aguda y de temperamentos más fuertes conducen a los demás y dan forma a los moldes en que la sociedad, al menos exteriormente, se funde. Como tales hombres son necesariamente pocos en comparación con la multitud a la que encabezan, de ahí se sigue que la comunidad esté realmente dominada por la voluntad de una minoría ilustrada⁴ hasta en los países en que el poder gobernante está nominalmente en manos de la mayoría numérica. De hecho, disfrácese como se quiera, el gobierno de la humanidad es siempre y en todos lados esencialmente aristocrático. Ningún juego malabar con la maquinaria política será capaz de evadir esta ley de la naturaleza. Sin importar a dónde la lleve, al final la mayoría lenta de entendederas va detrás de la minoría de entendederas más penetrantes. Esa es su salvación y el secreto del progreso. La inteligencia humana superior influye en el ánimo de la inferior, igual que la inteligencia del hombre le da el dominio sobre las bestias. No quiero decir que el rumbo último de la sociedad descansa en sus gobernantes nominales, en sus reyes, en sus estadistas, en sus legisladores. Los verdaderos gobernantes de los hombres son los pensadores que hacen avanzar el conocimiento; pues así como por medio de su conocimiento superior ese hombre gobierna al resto de la creación animal, entre los mismos hombres el conocimiento a la larga dirige y controla las fuerzas de la sociedad. Así, los descubridores de nuevas verdades, aunque sin corona ni cetro, son los verdaderos reyes de la humanidad; los monarcas, los estadistas y los juristas no son sino sus ministros, quienes tarde o temprano cumplen su mandato al realizar las ideas de estas mentes soberanas. Conforme más estudiemos el funcionamiento interno de la socie-

En términos generales los hombres de inteligencia más aguda y de temperamentos más fuertes conducen a los demás y dan forma a los moldes en que la sociedad, al menos exteriormente, se funde.

⁴ Digo “una minoría ilustrada” porque en cualquier comunidad grande siempre hay numerosas minorías, y algunas de ellas están muy lejos de ser ilustradas. Es igualmente posible estar por debajo como por encima del nivel promedio de nuestros congéneres.

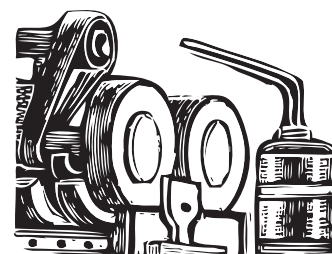
Quienes se propongan reemplazar la superstición y el error antiguos con la verdad y la razón, en vida deberán sacar cuentas con tejuelos y con un monumento en mármol después de muertos.

dad y del progreso de la civilización, percibiremos con más claridad cómo es que ambos están bajo el gobierno de la influencia de pensamientos que brotan al principio, sin saber nosotros ni cómo ni de dónde, en unas cuantas mentes superiores y se esparcen gradualmente hasta alcanzar al todo inerte de una comunidad o de la humanidad. El origen de tales variaciones mentales, con todas sus hondas secuelas de consecuencias sociales, es tan oscuro como el origen de esas variaciones físicas de las que, si los biólogos están en lo cierto, depende la evolución de las especies, y con ella la posibilidad del progreso. Tal vez la misma causa desconocida que determina uno de los conjuntos de variaciones también hace surgir al otro. No podemos afirmarlo. Lo único que podemos decir es que en términos generales en el conflicto de las fuerzas competidoras, ya sean físicas o mentales, el más fuerte es el que al final prevalece, el más apto sobrevive. En la esfera mental la lucha por la existencia no es menos feroz e intestina que en la física, pero al final las mejores ideas, a las que llamamos la verdad, se llevan el día. La clamorosa oposición con la que son regularmente saludadas al aparecer por primera vez, siempre que entren en conflicto con los viejos prejuicios, acaso retarde pero no evitará su victoria final. La práctica de la multitud consiste en lapidar primero y luego en erigir inútiles memoriales a sus mayores benefactores. Quienes se propongan reemplazar la superstición y el error antiguos con la verdad y la razón, en vida deberán sacar cuentas con tejuelos y con un monumento en mármol después de muertos.

Me he visto llevado a realizar estas observaciones por el deseo de explicar por qué las supersticiones de todo tipo, políticas, morales y religiosas, sobreviven entre pueblos que han tenido la oportunidad de saber más. La razón está en que las mejores ideas, las que se forman constantemente en el estrato superior, aún no se han transmitido de las mentes más elevadas a las inferiores. Esta filtración es lenta por lo general y para el momento en el que las nuevas nociones llegan abajo, si en verdad alguna vez llegan hasta allá, muchas veces ya son obsoletas y otras ya las han superado en lo alto. De ahí que si pudiéramos abrir las cabezas y leer los pensamientos de dos hombres pertenecientes a una misma generación y a un mismo país, aunque en los extremos opuestos en la escala intelectual, es probable que encontrásemos que sus mentes son tan distintas como si pertenecieran a especies diferentes. La humanidad, como ya bien se ha dicho, avanza en *échelons*, esto es, las columnas que no marchan parejas entre sí sino en una línea des-parramada, demorándose en grados diversos detrás del líder. La imagen describe bien la diferencia no sólo entre los pueblos, sino entre los individuos del mismo pueblo y de la misma gene-

ración. Del mismo modo en que una nación deja atrás constantemente a algunos de sus contemporáneos, al interior de una misma nación algunos hombres se adelantan constantemente a su gente, y quienes más avanzan en la carrera son aquéllos que se han quitado de encima la carga de supersticiones que sigue pesando sobre la espalda y entorpece los pasos de los demorados. Para hacer a un lado la metáfora, las supersticiones sobreviven porque, a la vez que desconciertan a los miembros ilustrados de la comunidad, siguen estando en armonía con los pensamientos y sentimientos de otros que, no obstante haber sido disciplinados por sus mejores en una apariencia de civilización, en su corazón siguen siendo bárbaros o salvajes. Es por eso que, por ejemplo, los bárbaros castigos por alta traición y brujería y las enormidades de la esclavitud se toleraron y defendieron en este país hasta los tiempos modernos. Tales remanentes podrían dividirse en dos tipos, según sean públicos o privados; en otras palabras, dependiendo de que estén materializados en la ley del lugar o de que se practiquen con o sin la connivencia de la ley en hoyos y rincones. Los ejemplos que acabo de referir pertenecen a la última de estas categorías. Hasta hace poco en Inglaterra se quemaba a las brujas y se desmembraba en público a los traidores, en tanto la esclavitud sobrevivió todavía más como institución legal. La verdadera naturaleza de tales supersticiones públicas es capaz de librarse de ser detectada por medio de la misma publicidad de estas supersticiones, pues hasta que el alza de la marea del progreso las erradica por completo, siempre hay mucha gente que las defiende como instituciones esenciales para el bien público y están sancionadas por las leyes de Dios y del hombre.

Sucede de otro modo con las supersticiones privadas, a las que por lo común se les da el nombre de folclore. En la sociedad civilizada la mayor parte de las personas educadas no son ni siquiera conscientes del nivel al que estas reliquias de la ignorancia salvaje sobreviven en sus propias puertas. De hecho, el descubrimiento de su amplia prevalencia se hizo apenas en el siglo pasado, sobre todo debido a las investigaciones de los hermanos Grimm en Alemania. Desde su época, investigaciones sistemáticas realizadas entre las clases menos educadas, y en especial entre el campesinado, de Europa, han revelado ya no se diga la sorprendente, la alarmante verdad de que una multitud, si no es que la mayoría, de gente en cada país civilizado sigue viviendo en un estado de salvajismo intelectual que, de hecho, la pulida superficie de la sociedad culta está minada por la superstición. Sólo a quienes sus estudios han llevado a investigar el tema son conscientes de la profundidad a la que el piso que nos sostiene está, por así decirlo, horadado por fuerzas invisibles. Pareciera que estamos sobre un volcán que en



Si examinamos las creencias supersticiosas que sostiene tácita aunque firmemente muchos conciudadanos nuestros, encontraremos, tal vez para sorpresa de uno, que las supersticiones más viejas y crudas son las de vida más tenaz, mientras que las visiones más modernas y refinadas, aunque también sean erróneas, en breve desaparecen de la memoria popular.

cualquier momento pudiera empezar a echar humo y fuego para esparcir la ruina y la devastación entre los jardines y palacios de la antigua cultura labrada tan laboriosamente por las manos de numerosas generaciones. Tras observar las ruinas de los templos griegos en Paestum y contrastarlas con la escualidez y el salvajismo del campesinado italiano, Renan dijo: “me estremecí por la civilización, viéndola tan limitada, levantada sobre cimientos tan débiles, descansando en unas cuantas personas hasta en el país en el que era dominante”.⁵

Si examinamos las creencias supersticiosas que sostienen tácita aunque firmemente muchos conciudadanos nuestros, encontraremos, tal vez para sorpresa de uno, que las supersticiones más viejas y crudas son las de vida más tenaz, mientras que las visiones más modernas y refinadas, aunque también sean erróneas, en breve desaparecen de la memoria popular. Por ejemplo, los altos dioses de Egipto y Babilonia, de Grecia y de Roma, llevan mucho tiempo olvidados por completo por el pueblo y sólo sobreviven en los libros de la gente culta; sin embargo, los campesinos, quienes nunca han oído hablar de Isis y Osiris, de Apolo y Artemisa, de Júpiter y de Juno, conservan en la actualidad una firme creencia en brujas y duendes, en fantasmas y en trasgos, esas criaturas menores de la imaginación mítica en la que sus padres creyeron mucho antes de que siquiera fueran pensadas las grandes deidades del mundo antiguo, figuras en las que, según todas las apariencias, sus descendientes continuarán creyendo mucho después de que las grandes deidades de la actualidad hayan seguido el camino de todos sus predecesores. La razón por la cual las formas elevadas de la superstición o de la religión (pues la religión de una generación se puede convertir en la superstición de la siguiente) son menos permanentes que las más bajas consiste simplemente en que las creencias más elevadas, siendo creación de una inteligencia superior, tienen poco asidero en las mentes de la plebe, que profesa nominalmente durante un tiempo en conformidad con la voluntad de sus mejores, pero rápidamente se desprende de ellas y las olvida en el momento en que estas creencias pasan de moda con las clases educadas. Y mientras da de baja sin ningún problema o esfuerzo los artículos de fe que se imprimieron superficialmente en sus mentes por el peso de la opinión educada, la multitud ignorante y tonta se aferra con arisca determinación a creencias bastante más burdas y que en realidad responden a la textura tosca de su intelecto subdesarrollado. Así, mientras el reconocido credo de la minoría ilustrada cambia constantemente bajo la influencia de la reflexión y de la investigación, el verdadero, aunque no reco-

⁵ Ernest Renan y M. Barthelot, *Correspondence*, París, 1898, pp. 75 y ss.

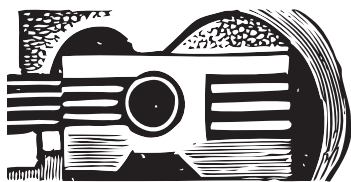
nocido, credo de la masa humana parece ser casi estacionario, y la razón por la que se modifica tan poco es que en la mayoría de los hombres, ya sean salvajes o aparentemente civilizados, el progreso intelectual es tan lento que a duras penas es perceptible. La superficie de la sociedad, como la del mar, está en movimiento perpetuo; sus profundidades, como las de los océanos, permanece casi inamovible.

De este modo, a partir del examen, en primer lugar, del salvajismo, y en segundo lugar de sus remanentes en la civilización, el estudio de la antropología social busca trazar la historia primera del pensamiento y de las instituciones humanas. La historia nunca puede ser completa, a menos que la ciencia descubra alguna forma de leer el borroso registro del pasado forma en la que en esta generación a duras penas podemos soñar. Sabemos ciertamente que todo acontecimiento, por insignificante que sea, implica un cambio, por ligero que sea, en la constitución material del universo, de modo que toda la historia del mundo está, en un sentido, grabada sobre su rostro, aunque nuestros ojos sean demasiado débiles para leer el código. Puede ser que en el futuro se encuentre algún reactivo maravilloso, algún químico mágico, que saque la totalidad de la secreta escritura de la naturaleza para que alguien superior a Daniel la interprete a los suyos. Eso con dificultad se dará en nuestro tiempo. Con los recursos hoy a nuestro alcance nos debemos conformar con un recuento breve, imperfecto y en buena medida conjetural del desarrollo mental y social en las edades prehistóricas. Como ya lo he señalado, la evidencia, fragmentaria y dudosa como es, tan sólo se remonta un poco en el inconmensurable pasado de la vida humana en la tierra; en breve perdemos el hilo, el hilo apenas discernible, en la noche negra de lo desconocido por completo. Incluso en el espacio de tiempo comparativamente breve, unos cuantos miles de años cuando más, que más o menos cae en nuestro KEN, hay numerosos abismos profundos y anchos que sólo se pueden cruzar por los puentes de las hipótesis, si la historia de la evolución ha de correr de una manera continua. Tales puentes se construyen en la antropología y en la biología por medio del método comparativo, el cual nos permite tomar prestados los eslabones de una cadena de evidencia para suplantar los huecos de otra. Para quienes trabajamos no con las diversas formas de la vida animal sino con los diversos productos de la inteligencia humana, la legitimidad del método comparativo descansa en la bien confirmada similitud del funcionamiento de la mente humana en todas las razas. He enfatizado las grandes desigualdades que existen no sólo entre las diversas razas, sino entre los hombres de la misma raza y generación; pero debe entenderse y recordarse muy bien que estas divergencias son cuantitativas

De este modo, a partir del examen, en primer lugar, del salvajismo, y en segundo lugar de sus remanentes en la civilización, el estudio de la antropología social busca trazar la historia primera del pensamiento y de las instituciones humanas.

más que cualitativas, son diferencias de grado más que de tipo. El salvaje no es un ser diferente a su hermano civilizado: tiene las mismas capacidades, mentales y morales, pero están menos desarrolladas: su evolución se frenó, o mejor dicho se retrasó, en un nivel inferior. Y como las razas salvajes no están todas en el mismo plano, sino que se detuvieron o demoraron en diferentes puntos del camino ascendente, podemos hasta cierto punto, comparándolos entre sí, construir una escala de la progresión social y señalar más o menos algunas de las etapas en el largo camino que lleva del salvajismo a la civilización. En el reino de la mente tal escala de la evolución racional responde a la escala de la evolución morfológica en el reino animal.

A partir de lo que he dicho espero que ustedes se hayan formado una idea sobre la importancia extrema que el estudio de la vida salvaje posee para la comprensión adecuada de la primera historia de la humanidad. El salvaje es un documento humano, un registro de los esfuerzos del hombre por elevarse del nivel de la bestia. Sólo en años recientes se ha apreciado el valor completo del documento; de hecho, es probable que mucha gente siga siendo de la opinión del Dr. Johnson, quien, señalando los tres grandes volúmenes de los *Voyages to the South Seas* que acababan de salir, dijo: “¿Quién los va a leer completos? Un hombre haría mejor en hacer su trabajo frente a un mástil que leer estos volúmenes; las ratas y los ratones se los comerán antes de que alguien los lea. En semejantes libros debe haber muy poco entretenimiento; un grupo de salvajes es idéntico a otro”.⁶ Pero el mundo ha aprendido bastante desde la época del Dr. Johnson; y los registros de la vida salvaje, los cuales condenara sin escrúpulos a las ratas y ratones el sabio de Bolt Court, ahora tienen su lugar entre los más preciados archivos de la humanidad. Su destino ha sido el de los libros sibilinos. Se les olvidó y despreció cuando se les podía conseguir completos; y ahora los sabios darían más que el rescate de un rey por sus restos imperfectos y mutilados miserablemente. Es verdad que antes de nuestro tiempo los hombres civilizados con frecuencia vieron a los salvajes con interés y los describieron inteligentemente, y algunas de sus descripciones siguen teniendo un gran valor científico. Por ejemplo, el descubrimiento de América despertó naturalmente en las mentes de los pueblos europeos una gran curiosidad por los habitantes del nuevo mundo, el cual surgió ante sus ojos como si al golpe del movimiento de la vara del mago la cortina del cielo occidental se hubiera levantado de pronto y descubriera escenas de glamour y encanto. Fue así como algunos españoles que exploraron y conquistaron estos ámbitos de maravilla nos han le-



⁶ James Boswell, *Life of Samuel Johnson*, Londres, 1822, IV, p. 315.

gado relaciones sobre los usos y costumbres de los indios, y que en su exactitud y minucia de detalle sobrepasan probablemente cualquier registro previo de una raza extraña. Tal, por ejemplo, es la gran obra del fraile franciscano Sahagún sobre los nativos de México, y tales las obras de Garcilaso de la Vega, él mismo un inca, sobre los incas del Perú. De nuevo, la exploración del Pacífico en el siglo XVIII, con su revelación de islas como de hadas dispersas en profusión por el mar del eterno verano, alargaron los ojos y conmovieron la imaginación de Europa; y a la curiosidad así picada en muchas mentes, aunque no la del Dr. Johnson, debemos algunas descripciones preciosas de los isleños, quienes, en aquellos días de los barcos de vela, parecían vivir tan lejos de nosotros que el poeta Cowper imaginó que sus mares nunca más serían arados por quillas inglesas.⁷

Estas y muchas otras relaciones antiguas de los salvajes conservarán siempre su interés y valor para el estudio de la antropología social, sobre todo porque nos ponen frente a los nativos en su sencillo estado natural, antes de que sus usos y costumbres primitivos fueran destruidos y alterados por la influencia europea. Sin embargo, a la luz de la investigación posterior a estos registros tempranos con frecuencia se les juzga muy defectuosos, debido a que sus autores, inconscientes de la importancia científica de los hechos, que para el observador ordinario podrían parecer de poca monta o molestos, dejaron pasar de largo muchas cosas del mayor interés o bien las despacharon con una alusión breve y atormentadora. Es, por tanto, necesario complementar los informes de los antiguos escritores con una investigación puntual y ardua de los salvajes existentes con el fin de completar, de ser posible, los numerosos y enormes huecos en nuestro conocimiento. Por desgracia esto no siempre se puede hacer, puesto que muchos salvajes han sido exterminados o han cambiado tanto debido al contacto con los europeos que ya no es posible obtener información confiable sobre sus viejos hábitos y tradiciones. Y donde las antiguas costumbres y creencias de una raza primitiva han desaparecido sin un registro, ha fenecido sin remedio un documento humano. Desgraciadamente, esta destrucción de los archivos, como podríamos llamarla, avanza con firmeza. En algunos lugares, por ejemplo en Tasmania, el salvaje casi se extinguió; en otros, como en Australia, agoniza. En otros más, por ejemplo en el centro y sur de África, donde los números y el vigor innato de la raza muestran poca o ninguna señal de sucumbir en la lucha por la existencia, la influencia de comerciantes, funcionarios y misioneros desintegra y borra tan rápidamente las

*Y donde las antiguas costumbres
y creencias de una raza primitiva
han desaparecido sin un registro,
ha fenecido sin remedio un
documento humano.*

*Desgraciadamente, esta
destrucción de los archivos,
como podríamos llamarla, avanza
con firmeza.*

⁷ "In boundless oceans, never to be passed/By navigators uniform'd as they,/Or plough'd by British bark again", en *The Task*, libro I, pp. 629 y ss.

En otro cuarto de siglo es probable que ya no quede para registrar sino poca o ninguna de la antigua vida salvaje. El salvaje, tal y como aún podemos verlo, para entonces se habrá extinguido igual que el dodo.

costumbres nativas, que con el paso de la generación de mayores hasta la memoria de ellas en breve se habría ido de muchos lugares. De ahí que sea un asunto de la más urgente relevancia científica asegurar sin demora informes cabales y precisos de estos pueblos agonizantes o cambiantes, sacar copias permanentes, por así decirlo, de estos hermosos monumentos antes de que los destruyan. Todavía no es muy tarde. Aún se puede saber mucho, por ejemplo, en el occidente de Australia, en Nueva Guinea, en Melanesia, en el África central, entre las tribus de las colinas en India y en las selvas del Amazonas. Todavía hay tiempo para enviar expediciones a estas regiones, para subvencionar a los hombres en el lugar, a que conozcan las lenguas y a que gocen de la confianza de los nativos; pues existen hombres que cuentan con, o pueden obtener, el conocimiento mismo que requerimos, aun cuando ellos, inconscientes o indiferentes de su valor inestimable para la ciencia, no hacen esfuerzo alguno por preservar el tesoro para la posteridad, y si nosotros no llegamos pronto al rescate, lo veremos perecer junto con ellos. En la totalidad del alcance del conocimiento humano, en este momento no existe una necesidad más apremiante que la de registrar esta invaluable evidencia de la historia primera del hombre, antes de que sea muy tarde, puesto que pronto, muy pronto, las oportunidades que aún tenemos habrán desaparecido para siempre. En otro cuarto de siglo es probable que ya no quede para registrar sino poca o ninguna de la antigua vida salvaje. El salvaje, tal y como aún podemos verlo, para entonces se habrá extinguido igual que el dodo. La arena corre a toda velocidad, pronto llegará la hora, el registro se habrá cerrado: el libro estará sellado. ¿Y cómo nos veremos los miembros de esta generación al declarar ante la barra de la posteridad, acusados de alta traición a nuestra raza, nosotros que fuimos negligentes para estudiar a nuestros congéneres agonizantes, pero que enviamos costosas expediciones a observar las estrellas y a explorar las regiones estériles de hielo en los polos, como si el hielo polar se fuera a derretir y las estrellas dejaran de brillar cuando ya no estemos? Despertemos de nuestro sueño, prendamos nuestras lámparas, enderecemos la espalda. Las universidades existen para el avance del saber. Es su deber añadir esta nueva provincia a los antiguos departamentos del saber que cultivan con tanta diligencia. Cambridge, para honra suya, ha ido a la cabeza en el equipamiento y envío de expediciones antropológicas; a Oxford, a Liverpool, a todas las universidades del país les toca sumarse a la tarea.

Más que ése, es deber público de todo estado civilizado cooperar activamente. En este sentido, los Estados Unidos de América, al instituir una oficina para el estudio de los aboríge-

nes en sus dominios, ha dado un ejemplo que deben imitar todas las naciones ilustradas que gobiernan sobre razas inferiores. Ese deber, esa responsabilidad, en ningún país es más claro y más pesado que en el nuestro, pues a ninguno, en todo el transcurso de la historia humana, se le ha dado el cetro sobre tantas y tan diversas razas. Nos hemos convertido en los guardianes de nuestros hermanos. ¡Pobres de nosotros si fallamos al deber para con ellos! No es suficiente que gobernemos con justicia a los pueblos que hemos sojuzgado con la espada. Estamos en deuda con ellos, estamos en deuda con nosotros mismos, estamos en deuda con la posteridad, la que nos pedirá que hayamos descrito a esos pueblos como eran antes de encontrarlos, antes de que vieran la bandera inglesa y antes de que escucharan, para bien o para mal, la lengua inglesa. La voz de Inglaterra habla a sus pueblos súbditos en otros acentos que en el rugir de sus cañones. La paz tiene sus victorias al igual que la guerra: hay trofeos más nobles que las banderas y los cañones capturados. Hay monumentos, monumentos de aire, monumentos de palabras, que parecen tan inestables y evanescentes, que no obstante permanecerán cuando nuestros cañones se hayan desmoronado y nuestras banderas se hayan hecho polvo. Cuando el poeta romano quiso presentar una imagen de perpetuidad, dijo que sería recordado en tanto perdurara el imperio romano, en tanto la procesión de túnicas blancas de vestales y pontífices siguieran subiendo al Capitolio a orar en el templo de Júpiter. Esa procesión hace mucho tiempo que dejó de subir al Capitolio, el mismo imperio romano hace mucho que sucumbió, al igual que el imperio de Alejandro, al igual que el imperio de Carlomagno, al igual que el imperio de España; y sin embargo, entre las ruinas de los reinos permanece incólume el monumento del poeta, pues sus versos se leen y se recuerdan. Hago un llamado a las universidades, hago un llamado al gobierno de este país a que se unan en la construcción de un monumento, un monumento benefactor, del imperio británico

*Quod non imber edax, non Aquilo impotens
Possit diruere, aut innumerabilis
Annorum series, et fuga temporum.*⁸

⁸ Horacio, *Odas*, 3, XXX: “Ni la lluvia roedora, ni el Aquilón furente, podrán conmoerlo, ni tampoco el torrente de los siglos ni la huida del tiempo” (n. del t).



